

FUNDACIÓN 1 DE MAYO

Informes

81 · FEBRERO 2014

FORO DE REFLEXIÓN SOBRE RENOVACIÓN, DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA

DEL *PATERNALISMO FORDISTA* A LA SOCIEDAD DEL "HÁGASELO USTED MISMO": MODERNIDAD, ORTODOXIA POLÍTICA Y ESTADO DEL *MALESTAR*



WWW.1MAYO.CCOO.ES

DEL *PATERNALISMO FORDISTA* A LA SOCIEDAD DEL "HÁGASELO USTED MISMO": MODERNIDAD, ORTODOXIA POLÍTICA Y ESTADO DEL *MALESTAR*

FUNDACIÓN 1º DE MAYO
C/ Longares, 6. 28022 Madrid
Tel.: 91 364 06 01
1mayo@1mayo.ccoo.es
www.1mayo.ccoo.es

COLECCIÓN INFORMES, NÚM: 81
ISSN: 1989-4473

© Madrid, Febrero 2014

TRABAJOS DEL FORO DE REFLEXIÓN SOBRE RENOVACIÓN, DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA

INFORMES, NÚM. 64: PRESENTACIÓN DEL FORO 'RECUPERAR EL IMPULSO CÍVICO' | **FÉLIX TABERNA**

INFORMES, NÚM. 67: NEOCONSERVADURISMO, NEOLIBERALISMO Y CRISIS DE LA DEMOCRACIA: UN NUEVO CICLO DE PROTESTAS | **PEDRO CHAVES**

INFORMES, NÚM. 69: REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA: UN MARCO PARA DESARROLLAR EL GOBIERNO ABIERTO | **QUIM BRUGUÉ**

INFORMES, NÚM. 73: GOBIERNO ABIERTO. LA ÚNICA SALIDA POLÍTICA | **GUZMÁN GARMENDIA**

INFORMES, NÚM. 81: DEL *PATERNALISMO FORDISTA* A LA SOCIEDAD DEL "HÁGASELO USTED MISMO": MODERNIDAD, ORTODOXIA POLÍTICA Y ESTADO DEL *MALESTAR* | **JESÚS OLIVA**

DEL *PATERNALISMO FORDISTA*
A LA SOCIEDAD DEL "HÁGASELO USTED
MISMO": MODERNIDAD, ORTODOXIA
POLÍTICA Y ESTADO DEL *MALESTAR*

JESÚS OLIVA SERRANO
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Del *paternalismo fordista* a la sociedad del ‘hágaselo usted mismo’: modernidad, ortodoxia política y estado del *malestar*

1. INTRODUCCION. CAMBIO DE SIGLO, FALLO DEL SISTEMA. REINICIAR

El último cambio de siglo parece haberse configurado como antesala de una transformación global incierta pero radical. Son recurrentes tanto en la prensa como en la literatura científica las referencias a su semejanza con el paso del siglo XIX al XX. Aquellos “años de vértigo” que forjaron las revoluciones sociales, tecnológicas y económicas de la sociedad moderna constituyeron un torbellino de experiencias (Blom, 2007; Kern, 1997). Las vanguardias, los hallazgos científicos, los nuevos medios de comunicación y transporte,... irrumpieron como fuerzas modernas casi inmanejables para las estructuras institucionales tradicionales. Igual que nuestros políticos aprenden a usar las nuevas tecnologías tras enviar desafortunados “tweets” que revelan sus tendencias machistas, la diplomacia europea de entonces, atrapada en la instantaneidad telegráfica que hacía llegar las amenazas sin enfriar, fue incapaz de prevenir la Primera Guerra Mundial (Whitrow, 1990).

También hoy vivimos a caballo de revoluciones tecno-científicas, reestructuraciones económicas y cambios sociales apenas asimilables por los aparatos de la ya antigua *primera modernidad*. Si el reciente colapso financiero evidencia la incapacidad de las agencias internacionales para domeñar el nuevo capitalismo postglobal, tampoco los riesgos ecológicos planetarios o los avances que se desarrollan en los laboratorios parecen poder ser regulados por unos Estados nacionales que han sido sobrepasados por la propia modernización que en su día ayudaron a desplegar.

La sociedad del siglo XXI ha adquirido una complejidad cuantitativa y cualitativamente inesperada. No solo en lo más obvio (ahora habitamos el planeta más de siete mil millones de personas y, los mil millones alcanzados en las primeras décadas del XIX, que necesitaron un siglo para duplicarse, se han multiplicado a lo largo del XX en intervalos cada vez más cortos), el proceso de urbanización y las telecomunicaciones han creado un mundo interconectado y mas “pequeño” donde todo de mueve más fácilmente (turistas, mercancías, trabajadores, información, capitales, etc.) con un coste cada vez más reducido (Urry, 2007). La creciente *compresión espacio-temporal* (Harvey, 1989) y el nuevo *espacio de los flujos* (Castells, 1996) han subvertido las viejas relaciones entre lugares y muchas de las decisiones que nos afectan se toman hoy en otros sitios. Los avances tecnológicos (telefonía móvil, aplicaciones telemáticas, biotecnología, etc.) consiguen revolucionar nuestra vida cotidiana a cada momento y el poder global se ha diversificado (ya no es bipolar como en la *guerra fría*). Nuevos actores (agencias de calificación, *think tanks*, etc.) y poderes (emporios de comunicación, corporaciones de internet, etc) trufan unos escenarios políticos, económicos e informativos cada vez más transnacionalizados.

Pero la respuesta dada a la última crisis (que no es solo económica sino también social, política e ideológica), ha mostrado un fallo institucional transversal: incompetencia para anticiparla de los organismos internacionales especializados, de la democracia representativa para consultar a los ciudadanos decisiones trascendentales para su futuro, de los políticos y administraciones para rendir cuentas sobre políticas e inversiones nefastas, etc. Como resultado, la desautorización de partidos e instituciones, especialmente en Europa y particularmente en España, bate cualquier récord conocido al mismo tiempo que asistimos a una progresiva politización ciudadana (multiplicación de manifestaciones, actos de protesta, asociaciones reivindicativas, etc.) (CIS, 2013; Toharia, 2013; El País, 15/01/2014). Para la mayoría de la población, la prolongada recesión económica ha puesto al descubierto una política completamente subyugada por el mercado. Y mientras Sarkozy pedía al comienzo de la misma “hacer un paréntesis” en el marco neoliberal para salvar a los bancos, los movimientos ciudadanos sugerían en la calle “reiniciar el sistema”. Los años venideros mostrarán si vivimos un cambio de ciclo en las formas que adopta la política, pero merece la pena reflexionar sobre estos procesos que sin duda tienen ya un impacto visible en la manera de entenderla y demandar otra forma de gobernanza. A ese objetivo se dedican las líneas que siguen, que no pretenden un análisis exhaustivo sino dinamizar el debate del Foro.

2. DEL PATERNALISMO FORDISTA AL CAPITALISMO DESORGANIZADO

Durante el penúltimo cambio de siglo, el potencial de las fuerzas desatadas por la modernidad (ideologías, nuevas fuentes de energía, *fordismo*,...) era de tal calado, que sus posibles combinaciones posibles albergaban tanto la prosperidad como la autodestrucción. Las metrópolis, las máquinas, la velocidad,... que tanto emocionaron a los europeos, favorecieron también que se masacrasen durante dos guerras mundiales como ninguna otra civilización lo había hecho hasta entonces (bombardeos de población civil en ciudades, campos de exterminio, guerra química...). Amenazas y oportunidades que anidaban igualmente en el interior de cada sociedad.

La narrativa sobre la necesidad de un pacto entre los dos grandes actores (y antagonistas) modernos que encarnaban al capital y al trabajo para evitar la destrucción (o la revolución) fue simbolizada magistralmente por Fritz Lang en *Metrópolis* (1927). María, hija de las masas obreras que sustentan una mastodóntica ciudad futurista con su penoso trabajo en el subsuelo, y que ejerce una gran influencia sobre ellas, visita con un grupo de niños al director (que habita en los niveles más elevados, entre despachos luminosos y azoteas ajardinadas) para pedir una mejora de sus condiciones de vida. El hijo del director queda entonces prendado de ella y descubre más tarde que un científico resentido ha sustituido a María por una réplica robótica exacta que inflama a las masas, llevándolas a destruir la ciudad. Todo se resuelve finalmente y la pareja de enamorados animan al acuerdo entre los trabajadores y el director, mientras su amor condensa alegóricamente el matrimonio por el que sobrevive *Metrópolis*.

La configuración de las sociedades de consumo de masas en Occidente no habría sido posible sin este pacto para universalizar el bienestar reforzado tras la postguerra mundial. El Estado del Bienestar jugó un papel esencial para la estabilización de las relaciones laborales, la reproducción de la fuerza de trabajo industrial y la creación de un mercado interior regulado sobre el consumo y los salarios. El *New Deal* norteamericano y la salida *keynesiana* de la

crisis de 1929, acabarán relegitimando unas democracias capitalistas fuertemente cuestionadas tras el colapso financiero. Estas políticas permitirán transformar una crisis de sobreproducción en una economía de mercado que puede entonces generalizar el consumo de bienes cada vez más baratos (automóviles, equipamientos domésticos, etc.) y el acceso a servicios ofrecidos bajo un ideal de universalización de los mismos (Graham y Marvin, 2001). Un *capitalismo organizado* (Lash y Urry, 1984), sustentado por la hegemonía de la racionalidad científico-técnica y la concentración de relaciones capitalistas que se desenvuelve, en su combinación de fuerzas modernas, como una *modernización fordista* construida sobre marcos de regulación estatales, economías de escala y un fuerte peso del capital productivo (Harvey, 1989a).

En España, la primera oleada modernizadora parecía impulsada durante las primeras décadas del siglo por un *capitalismo de estado* (monarquía parlamentaria, dictadura de Primo de Rivera) y orientada sobre las infraestructuras (obras públicas, *plan de firmes*, electrificación rural,...). Sucumbe, entre otras cosas, con el colapso crediticio de 1929 y por su incapacidad para integrar al movimiento obrero. La modernización política y social será después el programa de la izquierda durante la II República (voto femenino, educación universal, reforma agraria, integración de los proyectos nacionalistas...). Sin embargo, el golpe de Estado y la guerra civil devolvieron el país a una miseria premoderna. Como apuntaba Aldous Huxley en su introducción a *They Still Draw Pictures*, la colección de dibujos de niños que recaban las agencias humanitarias internacionales durante la guerra, para muchos de ellos, su primer encuentro con el nuevo mundo moderno fueron los bombardeos de la Legión Cóndor.

La prolongada autarquía franquista durante la postguerra retrasó la aplicación de la receta para una *modernización* capitalista (Rostow, 1945) hasta la maduración de la *guerra fría* (pre-estabilización económica, liberalización del comercio exterior, planes de industrialización,...). Realizada entonces bajo la monitorización de Estados Unidos (transferencia tecnológica, créditos, inversiones, aval para integrar el país en los organismos internacionales...), preparaba la transición ordenada del Régimen sobre este lado del tablero geopolítico. En apenas unas décadas de *desarrollismo*, con todos sus costes sociales, políticos y medioambientales (éxodo migratorio, clases extractivas, desequilibrios territoriales, especulación urbanística, etc.), la economía española se configuraba ya como una incipiente sociedad de consumo donde afloraban sus propias clases medias. Pero la modernización económica (y los cambios sociales que desencadena) seguían sin aparejarse con una modernización política y la transición coincidirá con el principio del fin de una era sin haber madurado un Estado del Bienestar homologable a sus vecinos más prósperos.

El final de las dictaduras del Sur de Europa confluye con la afloración de un creciente *malestar* a uno y otro lado del muro de Berlín que anticipa el principio del ocaso del mundo bipolar. Las críticas post-estructuralistas (feminismo, antiautoritarismo, ecologismo, post-colonialismo, etc.), anuncian en el plano ideológico la erosión de unos modelos industriales (capitalistas y estatalistas) que la crisis de mediados de los 70, los cambios sociales y los nuevos patrones de consumo certificarán poco después en lo económico (incremento del precio del petróleo, disfunción de las economías de escala, etc.). Si la crítica del autoritarismo desautorizaba las formas del poder tradicionales en todas las relaciones sociales (desde la escuela a la familia o las propias organizaciones políticas), el cuestionamiento de la racionalidad occidental expresaba la conciencia de que el modelo no era generalizable ni sostenible (Oliva, 2006). La última carrera de la *guerra fría* se jugaba en la década de los ochenta con una “guerra de las galaxias” que endeudaba sin precedentes a Estados Unidos y derrumbaba un poder ampliamente deslegitimado al otro lado del muro.

Asistíamos ya entonces a la paulatina configuración de una suerte de *capitalismo desorganizado* (Lash y Urry, 1984) caracterizado por la internacionalización del capital y de la división del trabajo. Una reestructuración productiva dominada por la subcontratación, deslocalización y flexibilización del trabajo. O, como sugería Harvey (1989), una nueva *posmodernidad flexible* basada en economías de alcance donde el poder financiero predomina sobre el capitalismo productivo. Una segunda forma de modernidad *ligera*, en comparación con la modernidad *pesada* representada por el capitalismo *fordista* (Bauman, 2000a, 200b). “*La modernidad pesada mantenía al capital y al trabajo en una jaula de la cual ninguno podía escapar. La modernidad ligera deja uno de los compañeros fuera (...) aquellos más elusivos, aquellos libres para moverse sin dejar rastro, dominan*” (Bauman, 2000b). Una transformación que también aparece asociada con la experiencia de una versión más individualizada de la modernidad y la forma como la sociedad de consumo de masas nos había configurado progresivamente como espectadores de la dominación (Marcuse, 1954; Debord, 1967), animados a expresar sus identidades individualizadas con los productos del mercado. Una evolución que contagiará finalmente los propios sentidos de la participación política (Curtis, 2002).

3. ECHAR UNA MANO, NO DAR UNA LIMOSNA”. DEL BIENESTAR AL WORK-FARISM

La crítica antiautoritaria no fue bien asimilada entonces por las *aristocracias* incrustadas en las organizaciones tradicionales de la izquierda. Y mientras los movimientos sociales críticos ocupaban los márgenes de la política institucional, un nuevo discurso neoliberal, que situaba al individuo en el centro de todos sus referentes, acabó enraizándose en aquella deslegitimación. Exhibido por un nuevo tipo de político popular (ex-ama de casa en el Reino Unido, ex-actor en los Estados Unidos), no apelaba a lo racional sino al contradictorio magma de deseos inconscientes y motivaciones profundas de las nuevas clases medias (Curtis, 2002). Una narrativa que había sido eficazmente elaborada ya por la industria del consumo y que ahora se dirigía como discurso político a unas clases emergentes que ya no querían ser tratadas como tales sino como individuos. Como soberanos imaginarios de un Estado que actuaría como su sirviente y no como su amo. Mientras el Laborismo británico perdía elección tras elección con su promesa de subir los impuestos para atender a las necesidades de los desfavorecidos, los Conservadores las ganaban prometiendo dismantelar un Estado del Bienestar abusivo y reduciendo sus tasas. Mientras la izquierda trataba de hacer pedagogía para crear una conciencia colectiva solidaria, el populismo neoliberal criticaba con éxito su paternalismo elitista.

En 1992 Clinton reorienta el discurso político de los Demócratas hacia ese nuevo patrón: “*No voy a subir los impuestos a la clase media, necesita un descanso, ya ha pagado bastante*” (Curtis, 2002) y su *Personal Responsibility and Work Reconciliation Act* de 1996, transforma la política del Bienestar en un *workfare* (work + welfare) donde la ayuda para el desempleo se convierte en una presión para trabajar. Ya no se trataba de dar una limosna o de repartirlo todo (*to handout*) sino de echar una mano (*to handup*). Una frase procedente del activismo social que será reinterpretada sucesivamente por Nixon, Clinton y también repetida por Blair en la campaña *laborista* que gana las elecciones de 1997. El individualismo de las clases

medias decidía la ortodoxia política y el *New Labour* propugnaba ahora un Bienestar “*para la gente que lo merece*”. El compromiso de aquellos que habían prosperado para sostener a los rezagados se agrietaba, y los gobiernos que trataban de satisfacer todas aquellas motivaciones irracionales, quedaban atrapados en las contradicciones de una política imposible.

El desmantelamiento del Estado keynesiano y del bienestar, asumido como única política posible para una sociedad que dudaba de su propia existencia como tal, no permitió a los gobiernos socialdemócratas proteger el sistema con políticas fiscales y recurrieron al endeudamiento para mantener las conquistas sociales básicas. En España, los primeros gobiernos socialistas, que sientan las bases de un incipiente Estado social, lejos de los presupuestos *keynesianos* para combatir el desempleo y la pobreza, se convencen de que solo un capitalismo desregulado crea la riqueza que luego distribuirán, “*ignorando lo más elemental, que el reparto viene ya implícito en el modo de producir*” (Sotelo, 2013). Desde entonces, las distintas metodologías y filosofías derivadas del *workfarism* (desde el copago médico y farmacéutico al trabajo comunitario a cambio de la ayuda al desempleo) se han convertido durante el último cambio de siglo en todo un desafío al sistema del Bienestar existente (Peck, 1998). Sus políticas ya no buscan combatir la pobreza sino la “dependencia del *welfare*” (Peck, 2001) y los derechos sociales son ahora transformados en obligaciones y responsabilidades personales. Además, su aplicación durante la recesión económica se convierte de hecho en una política especialmente lesiva (presión para aceptar empleos basura, precarización de la salud de los más necesitados,...).

4. CRISIS Y MALESTAR SOCIAL EN LA SOCIEDAD DEL “DO-IT-YOURSELF”

Si el último cambio de siglo maduraba el paso del Bienestar al *workfarism*, la crisis nos adentra vertiginosamente en un preocupante *estado del malestar*. Por un lado, diferentes procesos confluyen en la tendencia hacia una continua retirada del Estado, que abre paso a una especie de sociedad del “*hágaselo-usted-mismo*” (ideología del individualismo, políticas de recortes, autoempleo como salida al colapso del mercado de trabajo, sustitución gradual de servicios presenciales por otros virtualizados en todos los campos gracias a las nuevas tecnologías, etc.). El discurso del presidente holandés en la inauguración del año parlamentario, ofrecía una imagen visionaria del modelo cuando anunciaba la necesidad de sustituir el Estado del Bienestar por una sociedad *participativa* donde cada cual asumiera, entre otras, sus propias cargas de atención a los enfermos crónicos.

Por otro lado, las actuaciones para salvar a la banca tras la crisis, repercutiendo sus costes como una hipoteca pública sobre la ciudadanía mediante recortes de servicios y ayudas, no tienen parangón con ningún antecedente conocido. Paradójicamente, también la continua erosión del *welfare* desde los ochenta fue acompañada de políticas para proteger grandes empresas o negocios considerados estratégicos (exenciones fiscales, ayudas directas, etc.) a veces dudosas y que fueron consideradas como un verdadero *corporate welfare* (Whitfield, 2001). Ningún país de la Unión Europea ha podido evitar inyectar dinero público en su sistema financiero en un contexto donde el Estado-Nación, que en su día pilotaba la cabina principal de la *modernización*, quedaba atrapado por las decisiones de las agencias de calificación, las políticas monetarias, las corporaciones, etc.

La crisis parece confirmar que los protagonistas de la globalización capitalista (FMI, OMC, Banco Mundial,...) no consiguen manejar bien su impacto, ritmos y consecuencias sociales. Cuando Estados Unidos abandona el patrón oro en 1973, explica Harvey (1989), el dinero se *desmaterializa*, pierde sus referentes en metales preciosos, mercancías o la actividad productiva de un país en exclusiva. Desde entonces el capitalismo sufre un problema crónico de sobreacumulación (Harvey, 2010) y, como anticipaba Marx, lejos de resolver sus crisis simplemente las desplaza, llevando las burbujas financieras a Latinoamérica (en los 80), el sureste asiático (en los 90), etc. Una volatilidad que Varoufakis (2012) analiza como una estrategia para preservar la hegemonía de Wall Street.

Pero también la *democracia representativa* aparecía desbordada en esta crisis por los ritmos de unos procesos propios de una “*high-speed society*” (Rosa, 2008) que no podía esperar el tiempo requerido por sus deliberaciones. Como apuntaba Tarso Genro (El País, 11/08/2013), antiguo alcalde de Porto Alegre, ha sido superada por la *modernidad* y no se trata solo de una desafección por la política sino de una generalización de la conciencia de la inutilidad de la misma. Y como las crisis capitalistas, las formas de la ortodoxia política también acumulan la erosión de los cambios sociales que no asimilan y se descubre periódicamente en una encrucijada. Por ejemplo, tras la pérdida de casi un millón de votos por los Verdes alemanes en las últimas elecciones, uno de sus líderes reconocía el nefasto efecto de su propuesta para implantar un *día vegetariano* en todos los comedores públicos, que fue interpretada como una imposición frente a las libertades individuales.

Como resultado, los nuevos movimientos ciudadanos vuelven a surgir en los márgenes de la política institucional y el *malestar social* frente al pobre papel que ofrece como solución la política oficial, se nos muestra todos los días. Si *The Economist* consideraba las movilizaciones ciudadanas, en su portada de marzo de 2013, como un hito histórico comparable al 68 y al 89, los episodios de protestas que inesperadamente mutaban en episodios críticos para los gobiernos, se repetían a lo largo de todo el año. La oposición a un proyecto urbanístico en Estambul, se transformaba en una contestación general a Erdogan; la subida del transporte público en Río, se propagaba como una contestación al gobierno federal brasileño; y el modelo nórdico de integración, estallaba en la periferia de Estocolmo tras un incidente policial (como ya ocurrió en Londres en 2010 y periódicamente en la *banlieu* parisina). Y los mismos patrones se repetían en otras geografías más próximas de protestas (como Burgos o Melilla) que inauguraban 2014. Un año que la revista mencionada considera de alto riesgo de estallido social para Grecia, Portugal, Bulgaria y España.

Con sus propias particularidades, estos desenlaces ilustran un nuevo *malestar social* alimentado por la desigualdad que se condensa en las aglomeraciones metropolitanas, el descontento de unas clases medias jóvenes más activas e informadas que nunca y la olímpica ignorancia de la gobernanza de la que hace gala la ortodoxia política institucional. Pero estos episodios permiten vislumbrar también las aguas profundas de unas tendencias que parecen caracterizar ya nuestra época, y sobre las cuales hay cada vez un mayor consenso acerca de su impacto sobre la naturaleza del poder y la política. Algunas, no todas ni las más determinantes, son resumidas por Naím (2013) en su análisis sobre un poder que considera cada vez más difícil de obtener y de usar (debido a las restricciones que encuentra en los mercados financieros, la mayor conciencia política, el escrutinio permanente de los medios...), pero más fácil de perder y por cuyos errores se paga un precio más inmediato. Por un lado, ha crecido una clase media mundial más impaciente y con más aspiraciones. Por otro lado, cada vez más personas disfrutan de un mejor nivel de vida y se mueven más que nunca alterando el

peso de las relaciones de poder territoriales. Finalmente, toda esta población que consume y se mueve más que nunca, es más consciente de la importancia de las libertades individuales y más intolerante con el totalitarismo. Para Naím estas tendencias ofrecen más oportunidades pero también degradan el ejercicio del poder (los Estados reaccionan con lentitud, proliferan los Estados fallidos, etc.).

5. A MODO DE DISCUSIÓN: ALGUNAS BATALLAS DE LA POLÍTICA QUE VIENE

Las batallas sobre la política que viene se desenvuelven hoy en múltiples campos. Las demandas de regeneración democrática no están solo en la calle sino en las propias organizaciones de los partidos políticos (listas abiertas, primarias, etc.). A modo de discusión para el debate, podemos seleccionar algunas que sin duda serán decisivas, tanto por las posibilidades que ofrecen para abrir nuevas formas de gobernanza, como por los peligros que aguardan en su evolución alternativa como cierres en falso.

— *Redes sociales asimétricas frente a la “democracia de las emociones”*. Apuntaba Virilio (2006) que en las sociedades tecnológicas de finales del siglo XX asistíamos a las formas de una nueva *cronopolítica*. Una evolución paralela a la disminución del Estado, la privatización y desregulación pero determinada por la forma como los avances tecnológicos transformaban las estructuras espaciales y temporales de la política. Bajo la *tiranía del tiempo real* de la inmediatez comunicativa (telepresencia, tele-espectáculo, etc.) la democracia deliberativa desaparecía convertida en una nueva *democracia de la emoción* ordenada por la sincronización que procuraba la *industrialización de la visión*. En ella ya no es posible la reflexión, solo reacciones reflejas y automatismos tanto en los receptores como en los hacedores de la política. Sartori (2003) también apuntaba algunas ideas complementarias en su análisis de la *videopolítica* y el papel que juega la *democracia de los sondeos*.

Frente a estos procesos, las redes sociales surgidas al amparo de las nuevas aplicaciones de internet durante la primera década del siglo, se configuran en muchas ocasiones como verdaderos espacios deliberativos que recuperan la reflexión política y exhiben capacidades organizativas excepcionales. Su actividad establece una asimetría que antepone otras formas de sincronización frente a la omnipresencia telemática de los *media* tradicionales (tan a menudo trufados con ciertos poderes políticos, como Murdoch o Berlusconi). Un numeroso cada vez más numeroso de ciudadanos (especialmente las nuevas cohortes de nativos *digitales*) se *in-forman* a través de estas fuentes e incluso realizar un control de la política formal a través de las mismas.

— *Redistribución como prosperidad frente a la desigualdad*. Uno de los problemas más evidentes para una recuperación sostenida de la crisis en las economías avanzadas es la desigualdad social desatada durante las décadas precedentes. Como apunta Bauman (2014) estos días, la felicidad y el bienestar no dependen solo del crecimiento sino también de la distribución de la riqueza. La renta concentrada en un reducido segmento social impide el crecimiento del conjunto. Muy lejos de las metáforas liberales de la autoregulación del mercado, como la *mano invisible* de Smith o del *panal rumosoro* de Mandeville, la redistribución fue ha sido uno de los pilares de la prosperidad alcanzada a lo largo del siglo XX y de la modernización. Si los debates para reintegrar el salario mínimo en países como en Estados Unidos,

Alemania o Reino Unido apuntan a esta solución, el declive de ciudades emblemáticas como Detroit o más recientemente Los Angeles, nos ofrecen ejemplos de los efectos causados por el abandono de los sistemas de protección, la desinversión y privatización de servicios públicos o los mecanismos de *cierre social* derivados de ellos.

– *Transparencia colaborativa (open data) frente al control social (big data)*. La tendencia hacia la transparencia y la publicación de datos por las administraciones públicas, pero también hacia la posibilidad de recabar información en tiempo real de forma colaborativa con los ciudadanos (por ejemplo, para una gestión *inteligente* de la movilidad o la realización de diagnósticos participativos) ofrece un notable potencial de regeneración democrática y legitimación social. Cualquier ciudadano equipado con la tecnología al uso (*tablets, smartphones, etc.*) puede convertirse en un analizador y gestor, en tiempo real, de cuestiones de la política cotidiana. Pero también es un productor continuo de información personal que ofrece una *minería de datos* para la industria del consumo y el control social (*big data*). Las tensiones que se abren en torno a los usos y regulación de esta información afectan a todos los ámbitos de la política y determinarán la calidad de la misma. Por ejemplo, las garantías de protección del anonimato de la ciudadanía frente a la publicación de la información relativa a las personalidades públicas (ingresos, patrimonio, etc.). Paradójicamente, algunos de los países que encabezaron la transparencia informativa (publicando las deliberaciones del gobierno en inglés, o las donaciones de *lobbies* y los visitantes a la Casa Blanca), aparecían relacionados con las prácticas de espionaje masivo y fueron también los más afectados por los sucesivos *wiki-leaks*. La realidad política ha sido radicalmente transformada por esta nueva capacidad que encierran las tecnologías de producción, almacenamiento y transmisión de información. Pero sin duda, el acceso a la información que permitan a los ciudadanos evaluar el éxito o fracaso de las políticas públicas (listas de espera en hospitales, ratios de contaminación urbana, etc.) o el compromiso ético de sus representantes es una acción ya imprescindible. ♦

BIBLIOGRAFIA

- Bauman, Z. (2000a): “Time and space reunited”, en *Time & Society*, 9(2/3): 171-185, (2000b): *Liquid Modernity*. Cambridge, Blackwell, (2014): *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* Barcelona, Paidós-
- Berman, M. (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México, Siglo XXI
- Blom, Ph. (2010): *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*. Barcelona, Anagrama
- Castells, M. (1996): *La era de la información. Vol. I. La sociedad red*. Madrid, Alianza
- Curtis, A. (2002): *The Century of the Self*. BBC. 4 documentales
- Debord, G. (1967), *La sociedad del espectáculo*, Madrid, Castellet
- Graham, S. y Marvin, S. (2001): *Splintering Urbanism: Networked Infrastructures, Technological Mobilities and Urban Condition*. Routledge, Londres
- Harvey, D. (1989a): *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*. Oxford, UK. Basil Blackwell. (2010): *The Enigma of Capital. And the Crises of Capitalism*. Profile Book, Londres.
- Kern, S. (1983): *The Culture of Time and Space, 1880-1918*. Cambridge, Mass. Harvard University Press
- Lash, S. y Urry, J. (1984): *The End of Organized Capitalism*. Cambridge, Polity Press

- Marcuse, H. (1954): *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona, Seix Barral, 1972
- Naim, M. (2013): *El fin del poder*. Madrid, Debate
- Oliva, J. (2006): “Power”, en Fitzpatrick, T. (ed.), *International Encyclopedia of Social Policy*, vol.II. Routledge, Londres, 1063-1065.
- Peck, J. (1998): “Workfare: a geopolitical etymology”, en *Environment and Planning D: Society and Space*, 16: 133-161. (2001): *Workfare States*. Nueva York, Guilford Press
- Rostow, W. (1960): *The stages of economic growth: A non-communist manifesto*. Cambridge, Cambridge University Press
- Rosa, H. (2008): “Social acceleration: ethical and political consequences of a desynchronized high-speed society”, en H. Rosa and W.E. Scheverman, *High-speed Society. Social Acceleration, Power and Modernity*. Pennsylvania State University Press.
- Sartori, G. (2003): *Videopolítica. Medios de información y democracia de sondeo*. México, FCE
- Sotelo, I. (2013): “A qué llamamos franquismo”, *El País*, 30/11/2013.
- Urry, J. (2007): *Mobilities*. Cambridge, Polity Press
- Vaurofakis, Y. (2012): *El Minotauro global*. Madrid, Capital Swing
- Whitfield, D. (2001): *Public services or corporate welfare: Rethinking the nation state in the global economy*. Sterling, Pluto Press
- Whitrow, G.J. (1990): *El tiempo en la historia*. Barcelona, Crítica
- Virilio, P. (2006): *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires, Libros del Zorzal

